

tiéndose libre del secreto que pesaba sobre ella hacía tanto tiempo, pudo al fin hablar más libremente y con alguna serenidad.

Las dos mujeres hablaron largo tiempo de la niña, sobre todo de su enfermedad, de la que la condesa quiso conocer hasta el menor detalle.

De súbito la noble dama palideció y empezó á temblar llena de ansiedad.

En tanto que la Madre trataba de adivinar el motivo de esta repentina emoción, la condesa abrió una caja, sacó de ella algunas piezas de encaje, que arrojó sobre la mesa, y dijo:

—Madre, querida Madre, el conde de Almata viene; ya he oído abrir la puerta..... Oh! mi querida amiga, partid cuanto antes, para que él no os encuentre aquí: podría hacer os preguntas á las cuales os sería difícil responder. Ocultad el dinero, y si os encuentra, decid que habéis venido á vender encajes..... Partid; hasta mañana..... Yo os iré á veros todos los días.....

La Madre se levantó y salió precipitadamente de la habitación. Al bajar la escalera, encontró efectivamente al conde, que la miró con una curiosidad investigadora, pero sin dirigirle una sola palabra.

Domingo, silencioso también, abrió la puerta y dejó pasar á la Madre.

V.

Quince días habían trascurrido desde que la condesa de Almata había confido su secreto á la Madre-directora de las huérfanas. Todos los días, á la hora de siesta con más frecuencia, la condesa iba á ver á su hija, con quien, gracias á la condescendencia de la Madre, permanecía dos ó tres horas acariciándola y enseñándole el arte de vivir en sociedad; había comenzado, además, á enseñarla la lengua españo-

la. En esta época era necesario poseer esta lengua extranjera, si no se quería pasar por una persona de origen plebeyo; y como la condesa se había propuesto hacer todos sus esfuerzos por educar á Clara de una manera superior á su condición de huérfana, natural era que este fuera el punto principal sobre el que más se fijara al emprender la educación de la niña.

Houten Clara, amante por naturaleza, había consagrado á su protectora una ternura sin límites; sus dulces palabras y sus inocentes caricias, que hubieran bastado para seducir el corazón de una persona extraña, habían producido tal efecto en el alma de la condesa, que ésta lo olvidó todo para no pensar más que en la angelical niña. El conde de Almata no estaba muy satisfecho con saber que su mujer pasaba días enteros fuera de su casa, bajo el inverosímil pretexto de que había encontrado en la Madre de las huérfanas una antigua amiga de colegio, cuya compañía le era muy agradable. La sospecha se había de nuevo despertado tanto más viva en su corazón, cuanto que volvía á verse repentinamente abandonado y olvidado por la condesa; pero quiso permanecer fiel á su palabra, y aunque sintió algún disgusto por la conducta de su esposa, no la hizo espiar, y ni mostró siquiera el menor deseo de saber más de lo que ella misma le dijera. La desconfianza y la cólera se iban desarrollando silenciosamente en su corazón. Indudablemente la tempestad, si algún día tenía que estallar, sería terrible.

Una noticia llegada de España vino repentinamente á cambiar el curso de los acontecimientos. Un tío del conde de Almata había muerto, dejando á éste heredero de todos sus bienes: la mayor parte de estos consistía en tierras vecinas á la ciudad de Rota (Andalucía), en un gran número de casas en Jerez de la Frontera, y numerosos navíos que iban de Cadiz al Nuevo Mundo. Las riquezas que de tal modo venían á aumentar la fortuna del

conde de Almata, escapaban, por decirlo así, á toda estimación; y para impedir la pérdida que podría sufrir una fortuna de tal manera dividida, el conde vió que le era preciso partir muy pronto para España. Vió también en este suceso una circunstancia favorable para inducir á su mujer á dejar los Países Bajos, sin que ella pudiera oponerse á esto. Cuando anunció á la condesa su partida, advirtió que una palidez mortal se extendió por el rostro de su esposa, y más tarde la sorprendió con los ojos encendidos é inflamados por el llanto; pero él siguió un plan de conducta, como si no hubiera atribuido esa tristeza á una causa secreta: le bastó tener la certidumbre de que iba á alejarse con la condesa del objeto desconocido que la retenía en los Países Bajos.

La víspera de la marcha, la condesa y la dueña estaban silenciosamente sentadas en la misma habitación en que hemos visto á la primera al principio de nuestra relación. Hacía largo rato que ambas, sin cambiar una sola palabra, parecían esperar á alguien con temor ó impaciencia. A veces se dibujaba en el rostro de la condesa una imperceptible sonrisa, que desaparecía para dar lugar á la triste expresión de la melancolía y la meditación; el rostro de la dueña, por el contrario, revelaba un doloroso desaliento.

Cuando sonaron las diez y media en los templos vecinos, ambas levantaron la cabeza y sus miradas se fijaron con ansiedad en la puerta de la habitación: se oía el ruido de unos pasos que se acercaban.

—¡Cielos! ¡no se ha acostado aún!—murmuró la condesa.

El conde de Almata entró en la habitación, fijó en su esposa y en la dueña una mirada interrogadora, y dijo á la primera:

—¿Estáis despierta aún, Catalina? ¿Porqué no os habéis entregado al descanso, sabiendo que mañana debemos emprender un largo y penoso viaje?..... Estáis triste, lo sé; pero

es necesario, sin embargo, que os mostréis un poco razonable y os sometáis con resignación á la necesidad.

—En este momento vamos á entregarnos al descanso,—respondió la condesa levantándose y tomando una luz.

—No sé lo que esto significa,—dijo el conde;—pero es extraño que ahora en la casa nadie quiera recogerse todavía. El mismo Domingo, que tiene la costumbre de dormir desde las nueve y roncar en cualquiera parte que se encuentra, no halla razones qué inventar para excusarse de estar despierto hasta media noche. Todos los preparativos del viaje están, sin embargo, terminados desde esta mañana.

La condesa no respondió á esta observación; y queriendo al parecer evitar una conversación más larga con el conde, dijo, llevando la mano á la puerta de la habitación donde dormía:

—Voy á aprovechar vuestro buen consejo, Calixto, y trataré de reposar, si esto me es posible. No sin tristeza se deja la patria, cuando se ignora si algún día volveremos á verla!...

—La volveréis á ver, Catalina..... Pero por el amor de Dios, no os exaltéis tanto, pensando en todo lo que puede entristeceros. Dormid bien..... Hasta mañana.

—Hasta mañana, Calixto.

El conde salió de allí y se dirigió á sus habitaciones, situadas del lado del jardín. La condesa entró en la suya, seguida de su dueña, y ambas tomaron asiento sin que nada revelase en ellas la intención de entregarse al descanso del sueño. Después de haber escuchado con atención durante algunos instantes, y no percibiendo ningún ruido, dijo la condesa con voz que apenas se le oía:

—¡Ah, Inés!..... ¡Si Domingo nos hubiera hecho traición! ¡Si hubiera revelado nuestro proyecto á su amor!.....

—No lo hará, señora.

—¿Estás muy segura de ello, Inés?

—Ah!..... yo lo he prometido que á nuestra

llegada á Madrid le daré por mujer á mi hermosa Antonieta. Esta promesa le decidirá á correr con los pies desnudos sobre carbones ardiendo..... No temáis nada de él.

—Gracias, Inés; esta seguridad disminuye mis angustias; yo temblaba, tenía miedo de alguna traición; porque el conde nos miraba con tanta severidad, y su mirada se fijaba en mí de tal manera.....

—No creo, señora, que el conde tenga nuevas sospechas; no es más que su desconfianza habitual, desconfianza muy fundada y muy justa desgraciadamente. Yo os suplico, señora, os ruego una vez más, que me permitáis haceros oír la voz de la razón, antes de que pongáis en ejecución vuestro peligroso designio; y perdonadme si os digo palabras que os desagradan.....

—Habla, Inés; dí todo lo que quieras, mi buena amiga, y no olvidéis la miserable situación en que me encuentro.

—Haciendo lo que vais á hacer, ponéis en peligro vuestra vida y la mía; y además os arriesgáis á perder vuestro honor de esposa, porque, ¿quién podría haceros justicia, si la venganza sangrienta y en apariencia legítima del conde, sepultara con nosotros vuestro secreto en la tumba?

—Ah! ¡ten piedad de mí, Inés!..... Todo eso es por demás inútil.

—Y para mí es indiferente, señora; el valor no me falta, y más de una vez he visto cerca de mí la punta de un puñal; pero lo que yo quiero, es que vos,—á quien por amor y gratitud me he consagrado como una esclava,—quiero, repito, que vos, señora, sepáis bien que no he consentido libremente en el paso que vamos á dar..... Yo os lo he reprobado, ¿no es verdad?

—Sí, sí, Inés.....

—He recurrido á las lágrimas, á la persuasión, á la cólera, ¿no es verdad?

—Sí, mi querida Inés, yo no hago pesar sobre tí ninguna responsabilidad.

—¿Y persistís en vuestra primera resolución? ¿Queréis poner en peligro vuestra vida y vuestra honra, por un placer que no puede durar más que una media hora?

—¡Cuán ligeramente hablas, Inés!..... ¿Quieres, pues, privarme de la última felicidad que acaso me será concedida sobre la tierra?... Mañana partimos para España..... ¿quién sabe si ya nunca volveremos á ver nuestra queridísima patria, los Países Bajos?..... ¿Y habría yo de dejar á mi Clara sin que su boca murmurase á mi oído el nombre de madre, sin que sepa por qué la adoro?..... ¿Habría de partir como una extraña, abandonándola con indiferencia á su destino de esclava?..... ¡No, no, es imposible!..... Comprendo que tienes razón, Inés; que soy una loca, una insensata: pero en vano lucharía contra el sentimiento que me domina..... ¡Así es necesario!

—Muchas cosas habría que contestaros, señora; pero esto sería inútil..... Y bien, sea; no esperéis más observaciones de mi parte; suceda lo que sucediere, yo os obedeceré. Dentro de algunos instantes ya no será tiempo. Domingo nos espera ya, prevenido con la llave; el portero de la casa de las huérfanas estará también esperándonos en su puesto: cree este hombre que vamos á cumplir con una buena obra y que queremos curar á la pequeña Clara de su sonambulismo.

Trascurrió un cuarto de hora en el más profundo silencio; después la dueña se levantó, cubrió con un abrigo á la condesa, y dijo:

—Señora, ya es tiempo: procurad no hacer ruido al andar. Y ahora, ni una palabra más, mientras estemos aquí. Seguidme.....

Ambas dejaron la habitación y bajaron la escalera en la más profunda oscuridad y con las más grandes precauciones. Ya iban á terminar su descenso, cuando oyeron repentinamente un ruido en el primer piso. Las dos se

detuvieron y escucharon llenas de ansiedad, pero no volvieron á oír nada.

—¡Desdichadas de nosotras!—exclamó la condesa.—¿No venís ese ruido de la habitación del conde?

—Callaos, señora,—respondió la dueña;—creo que no ha venido de allí; tranquilizaos.

Después de haber estado bastante rato con el oído atento la dueña, dijo:

—No es nada..... Venid.

Y volviéndose hacia la puerta, llamó en voz muy baja:

—¿Estáis ahí, Domingo?

—Hace largo rato que espero,—respondió el criado en las tinieblas.

La condesa y la dueña se aproximaron á la puerta, y después que ésta fué abierta con precaución, ambas salieron, y por fin se encontraron en la calle.

Desde el momento en que llegaron delante de la casa de las huérfanas, la puerta se abrió como por sí misma, porque un hombre espía-ba por el postigo la llegada de la condesa y la dueña.

La Madre las recibió y las condujo al locutorio, donde brillaba una luz tenue. En seguida dijo á la condesa:

—Habéis tardado mucho, señora. Clara podría haber bajado ya, porque la hora en que lo hace, no es tan precisa que no pueda haber diferencia de una á otra noche. Estad lista, señora; Clara no debe veros; os esperamos con cuidado; y guardaos bien de pronunciar su nombre, porque al instante despertaría.....

—Hace frío,—dijo la condesa;—¿no podría enfermarse la niña si eso durase mucho tiempo?

—No temáis nada, señora; he mandado hacer para la niña vestidos de noche. Durante el período en que se halla atacada de esa enfermedad, se acuesta con esos vestidos..... Escuchad..... allá arriba: la oigo que se levanta..... Id al momento; nosotras nos quedamos

aquí..... Cerca de la escalera hay una silla para vos..... Tomad la lámpara, señora.

La condesa tomó la luz y fué á colocarse al pie de la escalera. Su corazón latía precipitadamente, y temblaba toda ella presa de una profunda ansiedad. El exceso de la alegría era el que de tal modo agitaba sus nervios, porque entreveía un cielo de felicidad en la escena que iba á tener lugar..... ¡Pobre mujer! En su seno ardía como una llama devoradora el inmenso é irresistible sentimiento del amor maternal: una sola hija le había dado el cielo; durante ocho años había sufrido y languidecido, y sólo la habían acompañado las desdichas y las tristezas; su amor para su hija desgraciada y abandonada, había hecho de ella una mártir. Es cierto que algún tiempo después había encontrado la recompensa de tantos dolores: se había embriagado con las caricias, con los besos, con la sonrisa de Clara; pero ¡ay! se veía aún una extraña para la niña, y jamás el dulce nombre de madre había resonado en su oído!..... Al fin, iba á oír este nombre sagrado, que llega como un acorde divino al corazón de la mujer y lo llena de una inefable alegría. No era, pues, admirable que el triste silencio que allí la rodeaba, ni la impenetrable oscuridad de aquella parte de la casa á cuyos extremos distantes no llegaba ningún rayo de luz de la pequeña lamparilla, causaran alguna impresión en su alma; la aproximación del solemne momento que esperaba, la llenaba de una alegría que la dominaba enteramente. Inmóvil se hallaba al pie de la escalera, y miraba hacia arriba con ansiedad.

Pronto apareció Houten Clara.

Estaba enteramente vestida de tela de lino tan blanca como la nieve; sus blondos cabellos, bastante cortos, flotaban en graciosos rizos sobre sus espaldas; sus mejillas tenían el tinte de la rosa, y sus grandes ojos parecían aún más azules que durante el día; sus pupilas estaban dilatadas y brillaban con un fuego extraño ba-

jo su frente pura. A esa hora misteriosa de la media noche, Houten Clara, lejos de semejar-se á un fantasma, parecía, por el contrario, la imagen viva de ese ángel hermoso y sonriente que la imaginación de una madre cree ver al lado de la cuna de su hijo.

Apenas la niña percibió á la condesa, una sonrisa dulce y tranquila se dibujó en su rostro, y su voz argentina murmuró con una inefable y penetrante dulzura:

—¡Ah, mamá!.....¿estáis allí?..... ¡Aquí estoy ya!.....

Al decir estas palabras, abrió los brazos para estrechar en ellos á la condesa, y bajó la escalera con una alegre precipitación. Apenas la condesa había dejado la lámpara en el suelo, cuando ya la niña se había suspendido de su cuello y la cubría de besos, como si se regocijara al verla de vuelta después de una ausencia de muchos años. Entre aquellos besos se perdían palabras que, por incomprensibles que fuesen, caían al corazón de la condesa llenándolo de felicidad. Casi sucumbía la noble dama á la emoción que le causaban las caricias apasionadas de la niña; sin hablar una sola palabra, estrechaba á Clara sobre su seno, y olvidándose de sí misma, se embriagaba con el nombre de madre que dulcemente se escapaba sin cesar de los labios de la niña. De repente se desprendió ésta de los brazos de la condesa, y fué á sentarse sobre la última grada de la escalera, al lado del pilar de madera, tirando de la mano á la dama, y diciéndole, con una sonrisa encantadora:

—Ah! querida mamá, sentaos aquí, sobre la silla..... ¡Soy tan feliz cuando vos también estáis aquí!..... Ah! ¡cuán triste he estado y cuánto he llorado!..... Siete días hace que vengo á sentarme aquí..... y me encuentro sola..... y espero tristemente!.....

—¡Te engañas!—exclamó la condesa como devorada por los celos.—La mujer de quien tú

hablas no es tu madre: yo sí lo soy; tú eres mi hijal.....

Houten Clara contempló á la condesa con admiración, y dijo:

—¿Por qué decís eso con un tono tan extraño? Bien sé que sois mi madre; pero ¿por qué, pues, no venís todos los días?..... Vos me lo habíais prometido..... Las niñas que tienen una madre, siempre están á su lado!.....

Una tristeza profunda dobló la frente de la condesa, y dolorosos suspiros respondieron solamente á la pregunta de Clara. Esta replicó entonces:

—¡Dios mío! querida mamá, ya no estéis triste; ya no os diré más. Bien sé que si no podéis venir todos los días, ne tenéis vos la culpa.

Y rodeando con sus bracitos el cuello de la condesa, unió al de ésta su rostro encantador, y dijo con una voz suplicante:

—Oh! ¿de veras estáis enfadada, querida mamá?..... ¡Os amo tantol..... Cuando puedo estar cerca de vos y descansar en vuestros brazos, soy tan feliz, como no lo pueden ser los ángeles en el paraíso. Pero no os mostréis enfadada, mamá, porque así me hacéis daño.....

Parecía que las dulces palabras de la niña ya no producían ningún efecto en el alma de la condesa; porque ésta, dejándose cubrir de caricias y besos, parecía sumergida en profundos y sombríos pensamientos. Había esperado poder decir á Clara:—¡yo soy tu madre!—y que la niña hubiera comprendido, al menos en su sonambulismo, toda la importancia de esta declaración. Ahora que la misma Clara la miraba como á su verdadera madre y parecía no poder hacer ninguna diferencia entre ella y la Madre de las huérfanas, la condesa debía renunciar á una revelación que parecía ser por demás. Como la dicha que había esperado se le escapaba, la entrevistista por tanto tiempo esperada perdía todos sus encantos, y por esto fué por lo que dijo con un triste abatimiento:

—¡Pobre niña!..... No es tu madre la otra mujer: yo soía, yo soy quien te he llevado en mi seno; yo la que he sufrido amargamente desde que tú veniste al mundo; yo la que he vertido lágrimas durante largos años por tu desgraciada suerte; yo la que he podido morir, víctima de la piedad y el amor que tengo para tí..... Ah! yo expongo mi vida á la vengativa cólera de un esposo irritado, y pongo en peligro mi honra y la de mi familia por oír una sola vez de tu boca el nombre de madre..... y tú no me comprendes ¡ay de mí!

Calló la condesa, y abundantes lágrimas corrieron silenciosamente de su ojos. Houten Clara, que lloraba también por simpatía, miraba á la condesa con aire sorprendido, como si ésta le hubiera hablado en una lengua incomprendible. Al fin la niña dijo suspirando:

—¡Dios mío! querida mamá, ¿se os quiere hacer algún mal?..... ¿Por qué?.....

La condesa estrechó á la niña sobre su seno, y la dió un beso por toda respuesta. Después de haber permanecido algún tiempo abismada en una triste amargura, la noble dama levantó repentinamente la cabeza, enjugó las lágrimas que bañaban sus mejillas, estrechó con fuerza entre sus manos las de la niña, en tanto que una expresión desesperada descomponía sus facciones, y exclamó:

—¡Clara!..... ¡Clara!.....

Temblando, con la mirada fija en la niña, esperó el efecto de este llamamiento.

La niña se frotó los ojos como una persona que se despierta, dirigió á su rededor una mirada llena de ansiedad, y exclamó:

—¡Oh, Dios mío!..... ¿Dónde estoy?..... ¡Es de noche!.....

Y arrojándose en los brazos de la condesa, dijo sollozando:

—¡Tengo miedo!..... ¡está aquí tan triste, tan frío!.....

La condesa dejó á la niña que reconociera

el lugar en que se encontraba y pudiera tranquilizarse; después de esto le dijo:

—Clara, mi querida hija, ¿me reconocéis?... ¿veis bien quién soy?

—Oh! sí, señora,—respondió la niña;—ya no tengo miedo, puesto que estáis conmigo. Pero.....¿qué hacemos aquí vos y yo, solas y á unas horas tan avanzadas de la noche?

—Sentaos allí, Clara, y escuchadme sin interrumpirme; tengo que deciros muchas cosas que es necesario que no olvidéis nunca.

—¡Oh, Dios mío!.....Estáis temblando, señora.....¡Tengo miedo todavía!...

—Tranquilízate y no te inquietes más, querida niña: ningún mal puede sucedernos aquí. Escúchame con atención, por el amor de Dios..... Todos creen que tú eres una pobre huérfana, Clara; todos piensan que tú tendrás que ser una humilde criada y durante toda tu vida estarás condenada á trabajar como una esclava y obedecer á las órdenes de amos que te pagarán un miserable sueldo: tú también lo crees, y estás contenta con la desgraciada suerte que te espera. Pero todo eso es mentira, Clara..... Un día, tú mandarás como ama, te pondrás lindísimos vestidos, tendrás un magnífico carruaje, seducirás con tu hermosura á los más nobles caballeros, y desde lo alto de tu grandeza mirarás altivamente á cualquiera que se atreviere á recordar tu primera condición. Porque,—escúchame bien, mi querida hija,—tú tienes una madre que sacrificaría su vida por hacer tu felicidad. Esta madre es noble, rica, poderosa y jamás llegará á abandonar á su hija adorada!.....

Al acabar de decir estas palabras, estrechó á la niña con un abrazo convulsivo y ardiente, esperando sin duda que Clara también le prodigara mil pruebas de su dulce ternura; pero sus esperanzas fueron vanas: Houten Clara pareció caer en una profunda meditación, y dijo suspirando y como si hablase consigo misma:

—¡Seré rica..... tendré un magnífico carrua-

je..... llevaré lindísimos vestidos!..... ¡y tengo una madre! ¡Ah ¡cuánto la amaré!..... ¿Y por qué no viene, pues, mi madre á buscarme?.....

La condesa se encontraba en un estado muy próximo á la locura: un fuego ardiente brillaba en sus ojos; una sonrisa extraviada contraía su rostro. Tomó con ambas manos la cabeza de la niña, y clavando en los azules ojos de ésta una mirada penetrante, exclamó:

—Mírame, angel mío, mírame bien..... ¡yo soy tu madre! ¿No lo comprendes en los ardientes besos que te doy, á tí, que eres el tesoro de mi alma?..... ¡Oh, querida hija mía!.....

Una viva alegría resplandeció en la fisonomía de Houten Clara; sin embargo, aún subsistía una sombra de duda en medio de su felicidad.

—¡Vos!—exclamó—¿Vos sois mi madre, mi verdadera madre, la que vive al lado de mi padre?.....

—Tu padre, hace tiempo que está en el cielo, Clara; murió, y hoy ruega á Dios por nosotros!—dijo la condesa suspirando y tratando de poner término á las preguntas de la niña con un beso.—¡Yo soy tu sola, tu verdadera madre, y tú eres solamente hija mía!.....

—¡Oh, Dios mío!—exclamó la niña:—¡Bendita sea la Santa Virgen María! ¡Qué hermosos cánticos elevaré en honor suyo toda mi vida, porque ella es quien ha hecho esto!..... ¡Qué contenta estoy con que vos seáis mi madre!... ¡Os amaba ya tanto..... pero tanto!.....

Una voz discreta dijo en este momento desde el fondo de la oscuridad:

—Señora..... señora, ya es tiempo.....

La condesa empezó á hablar en voz baja á Houten Clara, con una precipitación apasionada. Sin duda temía que pudieran recoger sus palabras oídos importunos.

La misteriosa conversación duró largo rato; la sonrisa y las lágrimas se sucedían en los rostros de la madre y de la hija; la tristeza desaparecía de allí para dar lugar á la felicidad; en

fin, Houten Clara se levantó con resolución, y después de haber dado un ardiente beso á su madre, le dijo:

—No, no diré que me habéis despertado; nadie sabrá que vos sois mi madre..... Pero volveréis, ¿no es verdad, querida mamá?..... Yo rogaré al arcángel San Miguel que os proteja ahora y siempre.

La condesa tomó la lámpara y subió la escalera con la niña; un instante después bajó y fué á reunirse con la Madre y la dueña, que ya esperaban con impaciencia.

—Vamos, Inés,—dijo la condesa,—volvamos pronto á la casa. Clara ha subido ya, y duerme tranquilamente..... Querida Madre, mañana os mandaré llamar; como no partimos sino hasta medio día, tendré tiempo de hablar con vos de cosas importantes.

La condesa y la dueña dejaron la casa de las huérfanas y se dirigieron á la suya. Cuando estuvieron delante de la puerta, llamaron suavemente con la mano para que Domingo les abriera; pero no recibieron respuesta, y en vano fué que varias veces repitieran la señal. Ya la condesa empezaba á temblar, cuando la dueña, apoyándose intencionalmente sobre la puerta, advirtió que ésta estaba entreabierta.

—No es nada, señora,—murmuró la dueña;—el perezoso de Domingo se habrá dormido en algún rincón. La puerta está abierta; entrad, y no hagáis ruido en la escalera.

Después que la dueña cerró la puerta con precaución, ambas avanzaron á tientas en las tinieblas y subieron sin que el menor ruido pudiera revelar su presencia. Cuando llegaron á la puerta de la habitación de la condesa, dejaron escapar un profundo suspiro, como si se hubieran desembarazado de un gran peso. Habían acometido la peligrosa empresa que deseaban, y volvían á encontrarse en su casa con entera seguridad y sin que ningún accidente se les hubiera interpuesto.

La dueña abrió la puerta de la habitación de

la condesa. Esta penetró; pero apenas había avanzado dos pasos, un grito horrible se escapó de su pecho, y cayó pesadamente sobre el pavimento. La dueña, pálida y temblorosa, permanecía en pié, sin inclinarse á ver á su señora, que á su lado yacía inanimada; la pobre mujer miraba fijamente en el fondo de la habitación, á la dudosa luz de la lámpara, una terrible aparición que le producía un espanto mortal: el conde de Almata estaba sentado junto al lecho de la condesa, con una pistola en cada mano y rugiendo de cólera como un león herido. Fijó en la condesa sus ojos centellantes, lanzó una carcajada amarga y sardónica, se levantó, y dirigió su mano derecha, armada con la pistola, hacia su esposa desvanecida..... Pero pareció de repente dominado por un secreto pensamiento, porque, lanzando un grito de desesperación, arrojó al suelo la arma mortífera, y salió de allí como un hombre que retrocede ante un asesinato y quiere escapar de las inspiraciones de su propia cólera. Al alejarse, profirió una horrible maldición que llegó al oído de Inés, y desapareció en las tinieblas de la escalera. La dueña cayó de rodillas al lado de la condesa, y se puso á llorar amargamente: había olvidado ya el inminente peligro que su vida acababa de correr, para no pensar ya más que en su señora.

VI.

Sentada estaba la condesa en la habitación que daba á la calle. Su cabeza se apoyaba sobre el brazo del sillón, sus cabellos se extendían en desorden sobre su cuello, y el vestido que la cubría estaba sin ningún alifio. Un silencio lúgubre reinaba á su rededor..... Parecía la condesa un cadáver guardando la posición en que la hubiera sorprendido una muerte súbita..... Y si la lenta y penosa respiración

que agitaba su seno, manifestaba que la vida no la había abandonado aún, se veía también que un indecible martirio había debido agotar las fuerzas de la infortunada, que estaba allí abrumada por la más profunda desesperación.

El ruido de la puerta que se cerró con violencia, la hizo estremecer; levantó un poco la cabeza y escuchó con ansiedad, pero inmediatamente la dejó caer de nuevo sobre el brazo del asiento. La dueña entró precipitadamente en la habitación, tratando de amortiguar el ruido de sus pasos, y tomando el brazo de su ama, dijo á ésta con alegría:

—Señora, demos gracias á Dios: el conde acaba de entrar!

La condesa, como reanimada por esta noticia, se levantó del sillón, elevó las manos y los ojos al cielo, y dijo con una voz llena de gratitud:

—¡Sed bendito, Dios mío, por no haber permitido que esa desgracia sucediese! Protejed, Señor, á mi inocente hija. Dejadme morir en expiación de mi falta..... ¡Oh, gracias, gracias, porque habéis salvado al hombre excelente de quien yo he envenenado la vida!..... Vuestro ángel bueno ha arrancado de su alma el horrible pensamiento que la dominaba; vos no habéis querido, oh Padre celestial, que una muerte pesara sobre vuestra infortunada esclava..... Ah! ¡bendito sea vuestro santo nombre!.....

La dueña exclamó entonces, presa de un invencible terror:

—El conde está aquí, y puede venir inmediatamente..... Decidme, pues, lo que vamos á hacer..... Estoy desesperada y en una inquietud mortal.

—Vé á encontrarle, Inés, vé pronto!.....

La dueña no pareció de ningún modo dispuesta á seguir este consejo; inclinó la cabeza y guardó silencio.

—¡Desdichada de mí!—exclamó la condesa.

—¡No te atreves, Inés!..... ¿Quieres, pues, que